

LE CROM, Jean-Pierre y MARTIN, Jean-Clément.

Vérité historique, vérité judiciaire (Droit et société n.º 38).

París, 1998.

El reciente proceso de Maurice Papon, en el que declararon como expertos algunos de los principales especialistas en el régimen de Vichy —Jean-Pierre Azéma, Marc-Olivier Baruch, Philippe Burrin, Robert Paxton y René Remond—, mientras otros —como Henry Rousso— se negaron a hacerlo considerando que una declaración judicial supone una adulteración e instrumentalización de la verdad histórica, ha colocado en el primer plano del debate académico en Francia la cuestión de las relaciones entre la historia y el derecho. Conviene recordar, además, que no hace mucho tiempo un auto judicial decidió —en medio de la indignación de los historiadores— exculpar a Paul Touvier, acusado de diversos delitos cometidos durante el régimen de Vichy, atendiendo a las “buenas intenciones” de dicho régimen. En 1995 otro Tribunal francés condenó al célebre orientalista Bernard Lewis, profesor de la Universidad de Princeton, por haber “ocultado los elementos contrarios a su tesis” sobre las masacres de armenios de 1915, y por “haber faltado a sus deberes de objetividad y de prudencia, expresándose sin matices sobre un tema tan delicado”.

A esta cuestión, cargada de implicaciones epistemológicas, de la relación entre verdad histórica y verdad judicial —que ha sido también abordada en el último libro de Jean-Noël Jeanneney, *Le passé dans la prétoire*—, consagra su “dossier” el número 38 de la revista *Droit et société*. Los cinco

trabajos que forman parte del mismo tienen su origen en un seminario celebrado en la Universidad de Nantes, y abordan dicha cuestión desde diferentes puntos de vista. Los dos primeros artículos tratan de manera general de las relaciones del historiador y del juez con la verdad: desde la perspectiva de la historia, Jean-Clément Martin, subrayando las analogías que caracterizan a los oficios del historiador y del juez, y desde el derecho, Jean-Marc Le Masson, buscando la especificidad de la verdad judicial en la aplicación de una norma legal a los hechos en litigio. Los dos artículos siguientes, de Jean-Pierre Le Crom y Bernard Edelman, están dedicados al “derecho de la historia”, es decir, a la forma en que el derecho ha abordado los discursos de carácter histórico que han sido denunciados ante la justicia. Finalmente, el dossier incluye una reflexión de Annette Wieviorka sobre los procesos de Nuremberg y Tokyo, acontecimientos de referencia que han permitido establecer en la opinión pública una relación indisociable entre justicia, memoria e historia.

Como subrayan los coordinadores del “dossier”, la idea esencial que se desprende de estos trabajos es que las diferencias no residen tanto en las técnicas de investigación como en su relación funcional con la sociedad. La función del juez sería garantizar la paz social mediante la regulación de los conflictos, lo que implica una concepción relativa y no dogmática de la verdad. La función del historiador es más incierta, pues evoluciona con el tiempo y con la cambiante relación que la sociedad establece con el conocimiento de sí misma. En todo caso, si el historiador es un investigador, es también un docente, un transmisor

—por distintas vías— de sus conocimientos, y por ello, debe saber combinar su trabajo científico —que requiere una libertad completa— y su papel social —que implica también responsabilidad—.

Mariano Esteban de Vega

STEINBERG, J.

Why Switzerland?

Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

El libro que nos ocupa es la segunda edición, completamente revisada y actualizada, de una obra publicada por el mismo autor en 1976. En aquella primera versión del texto, ya se vislumbraban algunas de las conclusiones a las que el autor llega en ésta más reciente: Suiza no es simplemente otro estado rico y pequeño y peculiar en el corazón de Europa¹. Su historia, su sistema político, su desarrollo económico y su complejidad social dicen bastante del proceso de evolución sufrido por lo que hoy conocemos como Europa, a la vez que ofrecen una serie de características tan peculiarmente helvéticas que sería imposible transplantarlas a otros estados de su entorno. ¿Cómo ha conseguido Suiza mantener su idiosincrasia? ¿Puede una sociedad tan inu-

sual continuar existiendo cuando muchas de las condiciones que han garantizado esa idiosincrasia parecen estar desapareciendo? ¿Por qué es Suiza importante para el resto del continente europeo? Estas son algunas de las preguntas a las que el autor desea dar respuesta a través de un repaso original, controvertido y perspicaz de la realidad suiza. Para ello, se sirve de abundante material como entrevistas, documentos oficiales, estadísticas, referencias históricas y literarias, tradiciones y su propia experiencia personal en el país helvético.

Siguiendo la línea de historiadores revisionistas suizos², Steinberg intenta poner fin al mito de la originalidad suiza. Así, el autor interpreta el devenir histórico de la Confederación Helvética no como una continua excepción al devenir histórico del resto del continente, sino como la suma de una serie de procesos históricos que no culminaron en su totalidad. De este modo, Suiza ha conseguido mantener su marcada polarización social, su profundo comunismo, sus complicados procedimientos electorales, su especializadísima actividad económica, su neutralidad armada, su gobierno federal junto con sus cantones y comunidades, sus tres lenguas oficiales y cuatro lenguas nacionales³, la convivencia pacífica de más de una confesión religiosa⁴, la ausencia de

1. "Switzerland is not simply another rich, small state in the heart of Europe", p. 254.

2. La revisión de la historia de Suiza se planteó principalmente en 1991 cuando se celebraron los 700 años de la fundación de la Confederación. Algunos de los textos en los que se plantea esta revisión son: W. MEYER: "700 Jahre Schweiz im Wandel", en: *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, Vol. 44, nº 3, 1994; H.C. PEYER: "Wurde die Eidgenossenschaft 1291 Gegründet", en: *Neue Zürcher Zeitung*, 4 de enero, 1991; O. PAVILLON: "Du Débat à l'anathème. A Propos de l'Exposition "Nos Ancêtres les Waldstaetten". La Suisse Centrale Au XIII^e siècle. Myths et Histoire" en: *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, Vol. 44, nº 3, 1994. Steinberg apunta, sin embargo, que el principal debate entre los historiadores suizos ha pasado a ser la revisión del pasado como instrumento para establecer los cimientos sobre los que pueda asentarse la Suiza del futuro.

3. Los suizos alemanes hablan *Schwyzerdütsch*, un término bastante artificial que describe un elevadísimo número de variantes dialectales. Los suizos de habla italiana se mueven dentro de tres niveles orales: el dialecto local, el dialecto lombardo y el italiano standard derivado del dialecto toscano. Los *suisses romands* o francoparlantes no alcanzan el 20% del total de la población, mientras que el romanche es utilizado por un 1% de la población del país.

4. Según el censo de 1990, 47,3% de la población suiza es protestante, 43,3% católica, 6,7% afirma no pertenecer a ninguna comunidad religiosa y el 2,7% restante lo componen las categorías de judíos "católicos viejos" y otros.

objeción de conciencia, y hasta febrero de 1971 la exclusión del voto femenino en las elecciones federales.

Suiza no es un estado multinacional, pero tampoco es un estado nacional en el sentido más convencional del término. Los suizos se ven a sí mismos no como una entidad multinacional sino como un frágil conjunto de comunidades que se mantienen unidas gracias a una especie de *volonté générale*. Sus instituciones han evolucionado dentro de una matriz de conflicto y han pasado a convertirse en sistemas de concordancia y tolerancia. Suiza no es especial por su multilingüismo, es especial porque el idioma define a la vez que niega la identidad suiza; el idioma refuerza a la vez que refleja las características de la cultura política. Tampoco es Suiza original porque sus ciudadanos se agrupan en torno a más de una confesión religiosa sino porque la tolerancia religiosa ha sustituido a los conflictos originales. El destacado papel del ejército se explica porque en una unión federal, dividida por factores lingüísticos, religiosos, geográficos, económicos y sociales, es el ejército la única institución que está por encima de las estructuras celulares de la vida suiza.

En las puertas del siglo XXI, sin embargo, Suiza debe hacer frente a problemas tan acuciantes como la droga, el SIDA, el desempleo, una elevada deuda pública y lo que Steinberg acertadamente califica como "una doble crisis de identidad": en el plano doméstico, las estructuras tradicionales se debilitan porque los conflictos que estaban destinadas a apaciguar han perdido importancia. Las divisiones religiosas que en otro tiempo marcaron profundamente la estructura de la sociedad suiza parecen ir desapareciendo, en un momento en que la religión va perdiendo terreno y las señas de identidad se buscan en otras características como el idioma, el lugar de procedencia o la profesión que se desempeña. La propia razón de ser del ejército suizo, símbolo de la identidad nacional, se cuestiona ¿Por qué un país tradicionalmente neutral posee un

ejército? ¿contra quién debe defenderse Suiza? En el plano externo, Suiza ha pasado a convertirse en una "isla" rodeada por la Unión Europea (UE) a la que, de momento, parece resistirse a pertenecer. A pesar de su ubicación geográfica, Suiza ha pasado a formar parte de la periferia política de Europa, sin voz ni voto en el debate sobre la integración europea. ¿Durante cuánto tiempo podrá Suiza mantener su aislamiento? Lo irónico es que la propia UE avanza hacia una forma de confederación multinacional no muy distinta de la Suiza de los primeros siglos. El autor sugiere que, tal vez, la propia lógica interna de la UE la haga "más suiza" es decir, más federal, más transparente y más democrática.

Why Switzerland? no es, pues, una guía turística sobre la Confederación Helvética, ni una obra periodística, histórica, económica o de sociología. Se trata más bien de un compendio sobre la realidad sociológica, política y económica de Suiza a través de su pasado y su presente, que ofrece al lector una fascinante descripción de la esencia y la personalidad de la nación helvética.

Nieves Pérez-Solórzano

GOLDHAGEN, Daniel Jonah.

Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto.

Madrid, Taurus, 1997.

Este libro que vamos a reseñar ha venido precedido tanto de polémica como de éxito; quizás ha necesitado la primera para lograr el segundo. Digo esto porque, a pesar de estar completamente de acuerdo con las tesis del autor, me temo que lo explicado por Goldhagen hacía tiempo que era supuesto, tanto entre la comunidad científica como entre el público, por puro sentido común. Además, el libro da la impresión de haber sido escrito con la intención de convertirse en un "best-seller". La campaña publicitaria que le ha acompa-

ñado, la polémica anteriormente citada y su abundante número de páginas (algo habitual en los libros norteamericanos de consumo masivo) nos ponen sobre alerta ante una obra cuyo objetivo va más allá de lo científico e intelectual.

Goldhagen comienza su obra repasando los orígenes de la tradición antisemita alemana, para comprender así la actitud de los alemanes corrientes hacia los judíos. El autor persigue demostrar que el odio hacia los hebreos estaba presente en la cultura alemana desde mucho tiempo antes de la irrupción de Hitler y el Partido Nazi. Tanto entre los protestantes, como en los católicos, el pueblo judío era visto como la antítesis de la civilización cristiana. La mayoría de los alemanes percibía esta antítesis como una auténtica amenaza para el mundo occidental en general, y para la existencia de Alemania como nación, en particular. Merece la pena resaltar que los judíos eran una minoría en el conjunto de la población alemana; sin embargo, se suponía que los judíos formaban un complot universal con conexiones en todo el mundo, en especial en la Unión Soviética. Estas interpretaciones de Goldhagen son interesantes; sin embargo, no revelan por qué en Alemania se produjo el Holocausto ya que desde la asimilación de Europa con la cristiandad el pueblo judío era visto como el mal absoluto: el pueblo que mató a Cristo y cuya única razón de existir era acabar con la civilización.

Más adelante Goldhagen presenta a las personas (y sus métodos) que fueron los verdugos voluntarios de Hitler. El autor escoge tres instituciones del genocidio: los Batallones policiales, los Campos de trabajo y las Marchas de la muerte. En primer lugar, Goldhagen analiza detenidamente a los Batallones policiales, porque considera que son un excelente ejemplo de aquellos alemanes que, sin ser miembros del Partido Nazi, se prestaron voluntariamente (hasta con alegría) a asesinar miles de judíos. Sin embargo, una vez leídos los primeros capítulos es fácil llegar a la conclusión de que

no era necesaria la ideología nazi para que los alemanes odiasen a muerte a los judíos; la diferencia estriba en que los nazis les dieron la oportunidad de matar; y fueron muy pocos los alemanes que se negaron. Goldhagen además menciona la salvaje violencia y desprecio con que estos policías trataban y asesinaban a sus víctimas pero, por desgracia, eso no es algo específico de la Alemania hitleriana. Sin salir de nuestro continente, podemos encontrarnos tales muestras de violencia salvaje en las guerras balcánicas, muchas veces a manos de los que se consideran herederos de las guerrillas antinazis.

Sobre los Campos de trabajo, Goldhagen nos explica que el "trabajo" de los judíos era morir. Los "trabajos" que les eran asignados no tenían más fin que la muerte de los trabajadores con un sufrimiento añadido en su agonía. Los alemanes querían matar a los judíos y usaban todos los medios posibles. Esto se comprueba fácilmente con el relato de las Marchas de la muerte. En 1945, Alemania tenía la guerra perdida, las tropas aliadas entraban en su territorio por el este y el oeste, sin embargo seguían matando judíos. Tenían que desmantelar los campos ante el empuje de los ejércitos aliados y entonces comenzaron las marchas. Agotadoras caminatas de muchos días, sin destino y sin alimentar a los prisioneros judíos hasta que estos fallecían. Era tal el grado en que el fanatismo antisemita había calado en los alemanes que seguían creyendo que la eliminación del pueblo judío conllevaría la salvación de Alemania.

Recapitulando, podemos decir que para cualquier alemán que viviera antes de 1945 los judíos eran el mayor enemigo de su país; y por lo tanto debía eliminarlos. Esta es la principal aportación del libro de Goldhagen, porque después de dicho esto no debe asombrarnos el entusiasmo con que los alemanes asesinaron judíos. Por otro lado el libro es de fácil lectura y conviene que nos enfrentemos a la vergüenza y el horror del Holocausto desde la perspec-

tiva de que los asesinos no fueron un puñado de locos dirigidos por un maniático gesticulante, sino personas normales que ya eran potenciales verdugos antes del nazismo.

Juan María Carreño Díaz

RHODES, M., HEYWOOD, P. y WRIGHT, V.
Developments in West European Politics.
Londres, Macmillan Press, 1997.

Esta obra colectiva, en la que participan algunos de los más prestigiosos especialistas en política europea, forma parte de la colección de monografías *Developments* que Macmillan Press ha venido publicando durante los últimos dos años. El resto de los títulos de esta colección se centran en el análisis de los sistemas políticos y transformaciones socioeconómicas ocurridas en diversos países de la Europa Occidental. La obra que nos ocupa, al igual que la monografía titulada *Developments in East European Politics* de la misma colección, ofrece una perspectiva global destinada a presentar y analizar las tendencias políticas y socioeconómicas propias de la Europa de los 90, incorporando a las peculiaridades nacionales los efectos derivados del proceso de integración europea y del surgimiento de un nuevo orden mundial tras los cambios ocurridos a partir de 1989.

A pesar de que cada uno de los capítulos está elaborado por un grupo distinto de especialistas, el hilo conductor del texto iniciado por los editores en la introducción, se mantiene a lo largo de toda la obra asegurando su cohesión y coherencia. Este hilo conductor se centra en la dialéctica entre globalización e integración, tendencias supranacionales y estado nacional, transformaciones en los sistemas de gobierno, política, ideología y retos futuros. Tal y como afirman los editores, si este libro se hubiera escrito hace dos décadas, el hilo conductor de la obra sería el análisis de la *choix de société*. La cohesión del texto es

suficientemente flexible como para no diluir la entidad que los capítulos tienen en sí mismos, permitiendo al lector que lo desee una lectura selectiva.

Desde mi punto de vista la genialidad del libro reside en la habilidad para integrar en una obra el análisis de las transformaciones en el orden político de Europa Occidental incorporando los niveles subnacional (tanto regional como local), nacional y supranacional; algo que es difícil encontrar en otros textos de temática similar. Nos encontramos ante una Europa Occidental que va más allá de la Europa de los Quince y que forma parte de un orden mundial más amplio. Es casi imposible utilizar un único capítulo que ejemplifique las virtudes del libro. Quizá resulte más interesante repasar algunos de los asuntos principales que en él se analizan, señalando aquellos aspectos que enriquecen el debate, crean controversia o suponen un avance en la investigación sobre política europea.

Durante las últimas décadas Europa está sufriendo cambios tan acelerados y de tal complejidad que aún no se han establecido los marcos teóricos ni las fórmulas que permitan explicarlos. Las vías tradicionales de representación ciudadana —partidos políticos y grupos de interés— ya no se adaptan a las clasificaciones tradicionales, y deben enfrentarse a nuevos escenarios. H. Kitschelt ofrece tres posibles marcos para el estudio de las transformaciones en los sistemas de partidos a la vez que añade la dimensión europea a su análisis. C. Crouch y A. Menon se hacen eco de la creciente importancia que los grupos de interés están adquiriendo como vías de representación tanto a nivel nacional como supranacional, apuntando la influencia que el desarrollo de grupos de interés europeos está teniendo en el creciente dinamismo de los grupos de interés nacionales, y en la progresiva europeización de la actividad política. Por su parte, N. Rengger, J. Lovenduski y P. Ignazi analizan, respectivamente, el surgimiento de las denominadas “postmodern politics”, la incorporación del feminismo a

la práctica y al discurso políticos y el avance de la extrema derecha, como una posible reacción por una parte, a las nuevas necesidades sociales y por otra, a la desilusión y apatía que la democracia liberal tradicional ha provocado en muchos de los ciudadanos europeos. Este descontento se aprecia aún más claramente en el marco de los partidos con representación en el Parlamento Europeo, pues aún no han conseguido identificarse con un electorado cada vez más despolitizado. Tal y como afirma N. Rengger, este estado de cosas no es más que la punta del iceberg de un problema mayor, la falta de identificación ciudadana con el proceso de integración europea y la necesidad de dar contenido al concepto de "identidad europea".

En el plano político y administrativo, el estado nacional necesita redefinir su posición frente a las tendencias supranacionales y regionalistas, además de reforzar su legitimidad; en el plano económico, los gobiernos nacionales están renunciando a muchos de sus instrumentos en materia de política económica, mientras la Unión Europea (UE) avanza hacia la creación de una unión monetaria y los límites tradicionales entre lo nacional y lo internacional se difuminan. R. Denhousse, en su capítulo sobre integración europea y estado nacional, defiende que el estado nacional no se ha diluido dentro de un sistema político supranacional, pues continúa siendo el principal actor que determina la velocidad del proceso de integración europea y el grado de soberanía a delegar.

La reorganización económica de Europa, el surgimiento de nuevas estructuras de cooperación transnacional y regional, el futuro del capitalismo liberal, el estado de bienestar, el proceso de toma de decisiones, las formas ilícitas de gobierno, sistemas electorales e intención de voto, la incorporación del medio ambiente al debate político, y los medios de comunicación y la actividad política son también objeto de análisis. Especial atención merece el capítulo elaborado por P. Gummett sobre política exterior y de defen-

sa. En este capítulo se identifican las "nuevas" amenazas que afectan a Europa Occidental tales como los conflictos étnicos o las presiones migratorias, además de poner sobre la mesa uno de los principales retos a los que se enfrenta la UE: la necesidad de discernir si desea poseer una política exterior y de defensa que vaya más allá de las declaraciones puramente políticas.

El libro se cierra con una completísima selección bibliográfica que incorpora las aportaciones más recientes, además de una serie de lecturas seleccionadas para aquéllos que deseen ampliar conocimientos sobre cada uno de los capítulos. Los diecisiete capítulos que componen este magnífico libro de texto analizan temas clave que atañen a la política europea occidental y que son objeto de debate tanto en círculos académicos como no académicos. La obra, por tanto, resulta atractiva tanto para el experto como para el profano en materia de Historia Contemporánea de Europa y Ciencia Política.

Nieves Pérez-Solórzano

FUSI, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi.

España, 1808-1996. El desafío de la modernidad.

Madrid, Espasa, 1997.

La renovación historiográfica vivida en nuestro país en los últimos años, la incorporación de nuevos temas y el abandono de otros, la utilización de nuevas fuentes o el tratamiento novedoso de las "clásicas" y el recurso a una historia comparada son, en paralelo al proceso político que supuso la recuperación de la democracia y la integración de España en las instituciones europeas, algunos de los elementos que explican las nuevas maneras de hacer y de ver la historia entre nosotros, lejos del tremendismo pasado aunque sin caer por ello en falsas o artificiales lecturas. Porque de eso se trata en definitiva, de asumir y explicar científicamente la historia sin concesiones a apriorismos, a estereotipos rancios o a lecturas más

o menos catastrofistas o piadosas de la misma, evitando caer en la fácil pendiente del todo o nada, de pesimismo enervante o del optimismo ridículo y fatuo. En esa línea de reescritura de lo que ha sido nuestro pasado, de superación de tópicos y obsesiones —tanto en episodios como en percepciones de los mismos— se inscribe este fundamental y consistente trabajo de Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox, dos distinguidos historiadores que son de sobra conocidos por la envergadura y calidad de su producción respectiva. En esta magnífica síntesis, ambos historiadores abandonan la tesis o la idea de la excepcionalidad española —suma de pequeñas o grandes excepciones que en su historia han sido— defendiendo con todo tipo de datos y argumentos la de su normalidad en el contexto de la época y la Europa del momento. Pero, como decíamos antes, no hay aquí veladuras o pasos de puntillas por determinadas etapas o acontecimientos que podrían herir o dejar tocado ese criterio de normalidad; las tragedias, los fracasos colectivos, los factores destructivos o inmovilistas no son en modo alguno escamoteados sino integrados en el relato e interpretados convenientemente, es decir, como fenómenos que condicionaron, al igual que ocurrió en otros lugares, lo que fueron unas formas de vida y unas manifestaciones culturales verdaderamente modernas, parangonadas u homologables a las que se dieron en otros países de Europa.

La obra pasa revista a todas y cada una de las grandes etapas de nuestra historia contemporánea y lo hace sin dejar ningún resquicio al estudio y la interpretación, desde la evolución económica y el desarrollo social hasta la configuración del Estado y sus debilidades político-ideológicas, pasando por las transformaciones culturales y técnicas o la aparición y despliegue de los nacionalismos periféricos. Conceptos novedosos como el de “revolución tranquila” para las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado junto a tesis ya aceptadas como la de la débil nacionalización del Estado español o los enclaves de modernidad

desarrollados durante la Restauración al lado de un fuerte localismo que facilita la tarea de los caciques como pieza esencial del sistema son los que permiten a los autores desentrañar o afirmar un proceso de normalidad, mucho más acabado sin duda desde la transición democrática, que, con sus propios ritmos y crisis de desarrollo, caracterizó el devenir histórico de nuestro país al igual que ocurriera con otros de su entorno europeo. Conceptos, tesis y excepciones, por otra parte, que son los que se han venido aplicando para el estudio e interpretación de la historia de esos otros países y en lo que cabe ver, por tanto, otro rasgo de normalidad, en este caso historiográfica. En suma, una apuesta decidida y argumentada por la construcción de una visión histórica que goza hoy de amplio consenso y que encuentra en la idea de la normalidad sin relegar lo específico su principal y más acabada seña de identidad. Una apuesta que tendrá a buen seguro durante mucho tiempo en esta magnífica síntesis uno de sus principales puntos de apoyo y una referencia insoslayable para todos los historiadores, compartan o no la lectura de nuestro inmediato pasado que dicha apuesta representa.

Francisco de Luis Martín

CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.).

Cultura y movilización en la España contemporánea.

Madrid, Alianza, 1997.

Nos encontramos ante una obra colectiva de verdadero mérito, interesada en abordar la movilización social en la España contemporánea desde la perspectiva metodológica de la nueva historia social; una perspectiva que se caracteriza fundamentalmente por la incorporación de la cultura, de los factores culturales, al análisis histórico sin renunciar por ello a otras variables —demográficas, económicas, políticas...— o, por mejor decir, a la relación entre éstas y aquélla. Se

trataría, por tanto, según expresan los propios editores, de construir un relato histórico que tenga presente la importancia de los ingredientes culturales en la formación de las identidades colectivas y en la aparición de las formas de acción conjunta que caracterizan a tales movimientos. El presupuesto teórico del que se parte, y del que pretenden ser reflejo fiel los diversos trabajos incluidos en el libro, es que toda realidad social es una realidad construida por los sujetos a partir de las herramientas culturales con las que cuentan en cada momento y, por tanto, que en relación al objeto de estudio aquí planteado el análisis de la realidad objetiva debe ir unido al de las percepciones, visiones e interpretaciones que los individuos tienen de ella. Sólo de esta manera es factible comprender la actuación de los sujetos históricos toda vez que ni el malestar social ni la existencia de conflicto, siempre latente por otro lado, desembocan necesaria y mecánicamente en una acción colectiva. Ésta es el resultado, pues, de una serie de herramientas o códigos culturales —creencias, representaciones, mitos, prácticas rituales, discursos, lenguajes, ideologías, historias, imágenes, etc.— a través de los cuales los agentes sociales experimentan, definen e interpretan las relaciones sociales y moldean su comportamiento social. De estos supuestos teóricos y metodológicos trata tanto la presentación de Pérez Ledesma como el trabajo inicial de Rafael Cruz, significativamente titulado “La cultura regresa al primer plano” y donde se evita la polémica con los “censores” de este tipo de planteamientos, se advierte que no trata de entronizar a la cultura y las representaciones mentales como único motor de la historia ni de un seguidismo a una corriente de moda, sino de presentar los resultados de un largo trabajo conjunto sobre el nuevo enfoque cultural y su utilidad para la renovación de la historia social, haciendo de esos resultados el mejor aval para la extracción de conclusiones.

Y en efecto, los diferentes trabajos incluidos en este libro, si bien no todos de

la misma calidad, envergadura y originalidad, como ocurre en toda obra colectiva, suponen una exégesis correcta, sugerente y en no pocos casos brillante de los puntos de partida proclamados. La colaboración de Álvarez Junco sobre el impacto de la guerra de Independencia, la llamada “de África”, la del 98 y la civil del 36 sobre el nacionalismo español y la interpretación que desde éste se hizo de cada una de ellas, de sus causas y consecuencias, la de Demetrio Castro sobre la violencia anticlerical y sus diferentes versiones, la de Ángel Duarte en torno al republicanismo hispano y algunas de sus principales señas de identidad, la de Pérez Ledesma sobre la formación de la clase obrera como constructo cultural, la de Fernando del Rey sobre el factor miedo en la actitud del empresario español en el período que va desde la crisis de postguerra a la dictadura primorriverista, la de Rafael Cruz sobre la influencia de la revolución bolchevique en la acción colectiva en España y la de Paloma Aguilar en torno a las movilizaciones por la amnistía en la transición a la democracia y el peso en ellas de la memoria colectiva son, sin por ello desmerecer el resto de las colaboraciones, las que nos han parecido más sustanciadas e interesantes. El conjunto de todas ellas representa, sin duda, un loable esfuerzo por estudiar algunos de los principales tipos de movilización social habidos en la España contemporánea desde una perspectiva común y novedosa que debe tener continuidad en otros trabajos y un futuro historiográfico asegurado a tenor de los resultados que aquí se nos ofrecen.

Francisco de Luis Martín

TUSELL, Javier, MONTERO, Feliciano y MARÍN, José María (Eds.).

Las derechas en la España contemporánea. Barcelona, Anthropos-UNED, 1997.

Hasta no hace mucho tiempo, los balances de nuestra historiografía reciente

solían apuntar al análisis de la derecha como uno de los campos de nuestra historia política más necesitados de estudio. Las peculiaridades de la trayectoria política española hasta los años 70, el papel que, en cambio, la historia ejerció en la recuperación de la memoria de la izquierda política, permiten entender las razones de ese fenómeno. Hoy no podría decirse nada parecido: sin remontarse mucho más atrás, se ha podido comprobar en los últimos centenarios del asesinato de Cánovas y de 1898, en torno a los cuales han visto la luz excelentes trabajos de historia política sobre diferentes etapas y personajes representativos de la derecha en la España Contemporánea.

Algunos de los principales cultivadores de este campo se reunieron en la UNED, convocados por su Departamento de Historia Contemporánea, en noviembre de 1991, en el Congreso “La política conservadora en la España Contemporánea”. El volumen que comentamos recoge quince trabajos presentados a aquel Congreso, muchos de ellos realizados por autores vinculados al propio Departamento de Historia Contemporánea de la UNED, que abordan el análisis de diferentes corrientes de la derecha española —liberal, católica, autoritaria, monárquica, fascistizada, franquista, democrática...—, en un amplio marco temporal situado entre el reinado de Isabel II y la transición a la democracia tras la muerte de Franco, aunque claramente volcado hacia el siglo XX. Dentro de las inevitables desigualdades en una obra de estas características, el libro tiene verdadero interés y, aunque carece de los objetivos totalizadores que sugiere su título, resulta en conjunto muy aprovechable para cuantos se interesan por nuestra reciente historia política.

Es preciso lamentar, no obstante, el injustificable retraso con que se ha llevado a cabo la edición de las actas del Congreso, que, al menos aparentemente, no ha sido aprovechado por todos los autores para actualizar sus textos. La clara decantación cronológica de la obra hacia nuestro siglo

deja al margen, además, épocas tan relevantes como la correspondiente a la revolución liberal. Finalmente, llama la atención la ausencia de estudios sobre determinados fenómenos de derecha antiliberal, como el carlismo, el integrismo e incluso el nacionalismo vasco, sobre los que nuestro conocimiento ha avanzado de manera muy notable en los últimos tiempos, gracias sobre todo a la importación de algunos nuevos conceptos y métodos, como los de “sociabilidad” o “cultura política”. Estas renovadas formas de la historiografía política apenas tienen, sin embargo, expresión en los trabajos reunidos en este volumen.

Mariano Esteban de Vega

LÓPEZ MORA, Fernando.

Pobreza y acción social en Córdoba, 1750-1900.

Córdoba, Diputación Provincial, 1997.

En los últimos veinte años, la historia de la beneficencia y la asistencia social ha conocido en España un progreso muy considerable. La vieja historiografía concebida sólo desde el plano institucional y abordada casi siempre como la crónica o descripción, muchas veces hagiográfica, de un hospital, un hospicio, la acción caritativa de una orden religiosa, etc., ha quedado claramente desfasada. En cambio, la historia de la acción social se plantea ahora como una parte, nada desdeñable en importancia, de la historia social en sentido más amplio, desde la premisa de que no resulta posible comprender el significado de la administración asistencial de un país o una época determinada, si su análisis no se apoya en el conocimiento de la realidad de la pobreza latente bajo esas instituciones, así como de las diferentes actitudes ante los problemas sociales presentes en ese mismo ámbito espacial y temporal. Además, la actividad de los establecimientos y grupos dedicados a la beneficencia no se estudia ya como un cuadro de instituciones yuxtapuestas, sino

como parte de un conjunto asistencial global, adaptado a las actitudes e intereses de sus actores y receptores.

Los frutos experimentados por esta renovación historiográfica resultan muy visibles en este libro de Fernando López Mora, producto de lo que en su día fue una excelente tesis doctoral dirigida en la Universidad de Córdoba por el profesor José Manuel Cuenca, prologuista también de la obra. A partir de un buen conocimiento del estado de la cuestión, López Mora estudia las transformaciones que tanto la pobreza como la beneficencia y la asistencia social experimentan en la provincia de Córdoba durante el decisivo período de la crisis del Antiguo Régimen y la implantación y consolidación del liberalismo. El arco cronológico elegido, la propia estructura del trabajo —en cuatro grandes apartados: pobreza, herencia moderna, ilustración, liberalismo—, así como sus referencias metodológicas fundamentales, lo colocan en sintonía con algunas de las obras más representativas de esta renovación historiográfica. Dentro de ella, el libro de López Mora se distingue por el impresionante caudal de fuentes utilizadas —su rastreo documental en archivos nacionales, provinciales y locales resulta admirable— y en la precisión y brillantez con la que estudia la realidad social de la pobreza, tanto de la censada como de la no asistida, así como de los sectores *pauperizables*, incluyendo aspectos generalmente desatendidos como el análisis de la estructura familiar. En un trabajo de esta entidad, sólo cabe lamentar que la edición refleje quizá en exceso el origen académico del trabajo, y que las erratas dificulten a veces su lectura.

Desde una base tan sólida como la que ofrecen trabajos de este tipo, podría pensarse que la historia de la acción social en España se encuentra ya en condiciones de llevar a cabo una “segunda ruptura”, que pase a considerar las relaciones de la pobreza y la asistencia no sólo con las estructuras económicas y sociales de tipo general, sino también —e incluso preferen-

temente— con la experiencia personal y social del hombre en particular. Como Peter Mandler propuso hace ya algunos años, la historia de la asistencia social debe convertir a los propios pobres en sus protagonistas. Aunque no hubiera correspondencia entre las formas en que era ofrecida y las formas en que era necesitada, de todos modos, la beneficencia llegó a sus destinatarios, fue utilizada por éstos, y se trataría de analizar ante todo esos ‘usos’ de la beneficencia. Por esta vía, es probable —el magnífico libro de López Mora ofrece algunos datos significativos— que la imagen habitual de los pobres como pasivos objetos del auxilio de los ricos o de las autoridades públicas deba ser sustituida por la consideración de la asistencia social como uno de los elementos más importantes dentro de las estrategias de supervivencia de un sector considerable de las clases populares españolas durante esta época.

Mariano Esteban de Vega

TOSCAS Y SANTAMANS, Eliseu.

L'Estat i els poders locals a la Catalunya del segle XIX. Una visió desde Sarrià (1780-1860).

Barcelona, Publicacions de la l'Abadía de Montserrat, 1997.

La habitual dispersión de la oferta editorial de nuestro país provoca en ocasiones que obras de notable enjundia tengan dificultades para traspasar determinados límites. El título de la que aquí comentamos y su aparición en una editorial prestigiosa pero de alcance fundamentalmente regional, puede inducir a error. No estamos ante una obra más que indaga en temáticas fundamentalmente locales y que se dirige a un ámbito más bien reducido. Muy al contrario. Hay que destacar que el trabajo del profesor Toscas mereció el premio Ciudad de Barcelona de Historia del año 1995 y que está prologado nada menos que por Raffaele Romanelli, uno de los más destacados contemporaneístas de la actualidad,

profesor en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Asimismo, no resulta ocioso advertir que esta densa investigación no es sino una parte de la aún más prolija y extensa que está en su origen, la tesis doctoral defendida por el profesor Toscas ese mismo año de 1995. Es bueno saber todo esto porque así podemos explicarnos mejor la dura tarea que esconde el trabajo que aquí comentamos, tarea realizada durante largos años por Eliseu Toscas, de quien ya conocíamos —por sus publicaciones en distintas revistas y obras colectivas, españolas y extranjeras— el rigor y la seriedad que caracteriza su labor.

En realidad, todas esas virtudes le son más que necesarias porque Toscas pretende delimitar los contornos de un objeto preciso: la cuestión del Poder, la cuestión de las cuestiones en el orden social, como afirmaba Philippe Guinet. Y a esa tarea consagra sus esfuerzos desde un estudio de caso, el de la villa de Sarriá, en un más que amplio arco temporal, cercano a la centuria. Analizando la “red social que vertebraba la estructura de poder dentro de una colectividad concreta, a lo largo de un siglo”, Toscas nos presenta un sugerente fresco del significado del poder en los ámbitos concretos en que se realiza.

Para ello, se pertrecha de buenos materiales. La primera parte del trabajo es una aguda e intensa reflexión sobre las formas de acercamiento al poder por parte de los investigadores, tanto desde el punto de vista teórico como desde el plano metodológico y de fuentes. Su posicionamiento expresa de forma muy convincente una visión poliédrica de lo que es el poder, alejada de cualquier determinismo.

A continuación, Toscas, haciendo un uso inteligente y equilibrado de la historia comparada, referida a nuestro entorno europeo en general y mediterráneo en particular, nos introduce de lleno en esa problemática tan compleja y apasionante que es la de la “nacionalización de la periferia”, la construcción (efectiva y no hipotética) del estado contemporáneo en España y

Europa. De esta forma, podemos estar en condiciones de entender el alto grado de interacción que tal proceso supone y el papel determinante que juegan en ello las diversas redes que, al fin y a la postre, lo estructuran.

Al estudio de esas redes, de la articulación del poder en Sarriá entre 1780 y 1860, se dedica la otra parte del libro. El autor camina con agilidad por las distintas y profundas transformaciones que sacuden la vida de esta pequeña villa, que la llevan por la senda de la liberalización política y la modernización económica. A través de ese paseo por lo denso y lo complejo, podemos entender mejor las características de un Estado débil y pretencioso, necesitado de múltiples apoyos y mediaciones para extenderse y ocupar con su presencia el territorio teóricamente a su cargo.

El problema, como bien advierte el autor, es que el acercamiento al poder que él propone sólo puede culminar en una aproximación parcial al mismo, dada la complejidad del objeto de estudio. Toscas ha optado por una visión intencionadamente sesgada, y ha privilegiado los aspectos políticos de dicho acercamiento, pero sólo por cuestiones diríamos logísticas: estamos ante un trabajo individual y una entrega todavía parcial de resultados. Dada la riqueza de éstos, sólo podemos encomiar su esfuerzo investigador.

L. Santiago Díez Cano

SABIO ALCUTÉN, Alberto.

Los montes públicos en Huesca, 1850-1930. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998

En la reciente renovación de nuestra historiografía contemporánea, la “historia agraria” viene desempeñando un papel muy destacado. Desde hace algunos años, en ella confluyen trabajos de profesionales de diferente formación y áreas de conocimiento, así como enfoques que combinan

la historia económica —en sus diversas formulaciones— con la historia social, la de la política o la cultural. La existencia de algunas plataformas institucionales muy activas y eficaces, que agrupan a buena parte de sus cultivadores, como sucede con el “Seminario de Historia Agraria”, ha resultado fundamental en la maduración de una disciplina que, en muchos aspectos, debe ser considerada puntera dentro de nuestro ámbito historiográfico.

Una de las aportaciones de esta reciente “historia agraria” ha sido la incorporación de nuevos temas de análisis, rara vez contemplados hasta ahora. Entre ellos se encuentra la historia de los montes públicos españoles, objeto de estudio de un proyecto muy amplio del “Grupo de Estudios de Historia Rural”, y de algunas monografías regionales y locales, como ésta que comentamos —en excelente edición del Instituto de Estudios Altoaragoneses— sobre el caso de Huesca.

Su autor, el profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza Alberto Sabio, ya había publicado un magnífico trabajo, producto de su tesis doctoral, sobre “Los mercados informales de crédito y tierra en una comunidad aragonesa, 1850-1930” (Servicio de Estudios del Banco de España). En este nuevo libro, partiendo del aparato conceptual de la nueva historia ecológica —que ha introducido en el análisis económico la preocupación por los límites de los recursos naturales, y por los problemas físicos y biológicos que intervienen en el funcionamiento de los ecosistemas—, Sabio analiza la remodelación que los montes y bosques de la provincia de Huesca (bienes de propios, comunales o de utilidad pública) conocieron a partir de mediados del siglo XIX, estudiando detalladamente la evolución de sus aprovechamientos, de su situación jurídica y de su usufructo social hasta los años 30 de nuestro siglo. La preocupación por la realidad actual de estos espacios —marcados por la degradación medioambiental, el despoblamiento, la deforestación y, en general, la falta de inte-

gración entre el hombre y el medio— se halla, por otro lado, explícitamente presente en este trabajo.

Desde este planteamiento, el libro estudia, en primer lugar, la localización geográfica y la extensión superficial de los montes públicos oscenses. A continuación, constata el importe valor material y la funcionalidad económica de los aprovechamientos forestales, que ofrecían una renta muy significativa a las entidades propietarias, sostenían una notable riqueza pecuaria y proporcionaban a los vecinos de los pueblos cantidades respetables de madera y leñas, aportando un beneficio mínimo, aunque no igualitario, a todos los vecinos de la comunidad rural. El siguiente capítulo aborda la ofensiva privatizadora sobre el régimen comunal de los montes que se desata durante la Revolución Liberal y sus repercusiones —desiguales, según las distintas comarcas— sobre las economías domésticas. Se estudia después la labor desempeñada en la provincia por la Administración Forestal y los medios que tenía a su alcance para controlar los aprovechamientos, partiendo de la hipótesis de que habría conseguido mayor eficacia si hubiera conseguido implicar en mayor medida a la población autóctona. El reverso de esta creciente intromisión estatal fueron las respuestas vecinales, que a veces no perdieron toda su capacidad a la hora de decidir el monto total de sus necesidades, mientras en otros casos la desestructuración del tejido económico y social, culminada con la despoblación y el abandono de pueblos enteros, derivó en el recurso a formas cotidianas de resistencia como fraudes o infracciones forestales.

El interés del libro no se agota, sin embargo, con estas conclusiones, que ofrecen nuevos datos para el conocimiento de la evolución de la historia económica y social de algunos espacios rurales españoles. Alberto Sabio ofrece también pruebas concluyentes sobre la estrecha conexión entre la administración de los patrimonios rústicos públicos y los poderes políticos

locales en la sociedad rural: en estas zonas, la autoridad local o provincial tejía la perpetuación de sus apoyos a cambio de favores y de pactos, que muchas veces tuvieron al monte, es decir, el acceso a su administración y uso, como principal protagonista.

Mariano Esteban de Vega

ZURITA ALDEGUER, Rafael.

Notables, políticos y clientes. La política conservadora en Alicante. 1875-1898.

Alicante, Instituto de Cultura "Juan Gil Albert", 1996.

En el número anterior de esta revista, teníamos la oportunidad de referirnos a la interesantísima revisión que se viene efectuando desde hace años sobre el período restaurador, gracias a la obra de jóvenes (pero sobradamente preparados) historiadores, como era el caso de María Sierra o del profesor Zurita Aldeguer. Por razones de tiempo, no tuvimos entonces la ocasión de comentar la obra de este último, que también apareció en el año 1996. Cumplimos ahora esa grata tarea, remitiéndonos en gran medida a las cosas que ya entonces apuntamos. Y eso porque pueden fácilmente establecerse distintos paralelismos entre una y otra. Ambas sitúan como objeto de su atención un determinado partido, el conservador; ambas destacan la importancia de los notables provinciales (Ybarra o el marqués del Bosch) en el entramado de dichos partidos; ambas se sitúan en posiciones muy coincidentes a la hora de valorar el entramado político de la Restauración. Ambas en definitiva son excelentes obras que reflejan la vitalidad de una historiografía renovada, atenta a las grandes problemáticas de nuestra historia contemporánea, pero que optan por un enfoque desde lo concreto, desde lo micro.

Lógicamente, hay además particularidades que deben ser resaltadas. Entre ellas, quisiera destacar especialmente dos. En primer lugar, el énfasis que Zurita pone en un acercamiento al problema del clientelismo

desde la óptica de la historia comparada, fundamentalmente a través del análisis de casos como el italiano o el argentino, éste último mucho menos utilizado. Le interesa al profesor alicantino dar relieve a los aspectos digamos contextuales del problema, es decir, a la inserción del caso español en el ámbito de la evolución del liberalismo de fines del XIX. Esta preocupación me parece especialmente acertada.

En otro sentido, resulta muy interesante el análisis del prohombre que articula gran parte del trabajo, el Marqués del Bosch. A través de un fino análisis de sus actuaciones, Zurita nos sitúa ante las contradicciones de un hombre que ejerce una función política que en el fondo le rebasa. La dialéctica arcaísmo-modernidad que permea buena parte de nuestro siglo XIX se hace carne en este personaje, demasiado imbuido de una mentalidad periclitada como para cumplir con acierto las funciones que su posición le adjudica en el ordenamiento de poder de la Restauración. A través del ejemplo de este notable, podemos entrever la alta dosis de complejidad que este sistema tenía en su seno.

Por otro lado, obras como la del profesor Zurita Aldeguer, están poniendo de relieve, a modo de espejo indiscreto, la falta de conocimientos que aún tenemos sobre un período por otra parte muy trabajado, como es el caso de la Restauración. En realidad, desconocemos gran parte de la dinámica política concreta que caracterizó al período y que no es reducible a macrointerpretaciones en exceso reduccionistas. Uno de los valores más interesantes de este trabajo es el de poner de relieve la existencia de un modelo de poder, que necesita ser contrastado con el existente en otras partes del estado. Esa tarea puede abordarse desde un enfoque prioritariamente micro, como el que aquí se nos ofrece. De esa forma, seremos capaces de entender mucho mejor la real naturaleza del sistema de poder en la Restauración, y estaremos en condiciones de obviar las polémicas entre interpretaciones prioritariamente economicistas o básicamente

te políticas, como las existentes hasta hace poco; o también podremos poner en su sitio visiones intencionadamente autocomplacientes, como las que parecen intentar abrirse hueco en publicaciones recientes, en una especie de ejercicio retrospectivo del España va bien de tanto éxito guñolesco.

L. Santiago Díez Cano

JULIÁ, Santos.

Los socialistas en la política española. 1879-1982.

Madrid, Taurus, 1997.

Santos Juliá ocupa un lugar de privilegio en la historiografía sobre el socialismo español, como es de sobra conocido. Su dilatada dedicación a este tema, la amplitud de las fuentes de todo tipo que ha manejado, las múltiples investigaciones publicadas y el rigor interpretativo que ha esmaltado siempre su quehacer intelectual le situaban en una posición inmejorable para intentar una síntesis de la historia política del socialismo en nuestro país que contemplara la trayectoria de sus dos principales organizaciones —UGT y PSOE— desde su nacimiento hasta la victoria electoral de 1982. Un objetivo tan ambicioso y un tan dilatado como complejo período históricamente exigen, si se quiere una obra que no sobrepase unos determinados límites de extensión, como es el caso, una serie de acotaciones o, como dice el propio autor, una selección del punto de vista, una drástica reducción de material y la elección de un hilo conductor. Éste no es otro que la historia política del socialismo planteada en relación a un triple eje que vertebró la obra y dota de unidad al relato: la lucha por alcanzar el poder que se desarrolla en el marco de unos determinados sistemas de partidos, la consiguiente estrategia de relación con otros partidos y grupos sindicales y el conflicto interno que se genera en el seno de las organizaciones socialistas por el control de las mismas y por la imposición

de unas determinadas claves partidarias. Todo lo demás, coyunturas sociales y políticas, acontecimientos nacionales e internacionales, forma un telón de fondo sobre el que no se incide más que en la medida en que sirve para esclarecer algún aspecto relevante de aquel trípode temático sobre el que gira el libro. Nada hay que objetar a ello una vez ha quedado explicitada la metodología y los objetivos del análisis y al comprobar que, en efecto, cualquier elemento que afecta al fondo de las cuestiones estudiadas queda suficientemente acotado y esclarecido en sus implicaciones.

Una buena parte de la obra se dedica a historiar la etapa que va desde la fundación del socialismo hasta el final de la guerra civil. Sin duda, es ésta la que mejor conoce el prof. Juliá y dónde menos “sorpresas” interpretativas cabría esperar. El énfasis puesto en la defensa de la organización, la interiorización de una cultura política caracterizada durante mucho tiempo por unos pocos, precisos e inamovibles principios doctrinales y en relación a ella el recelo hacia valores de signo liberal-democrático son quizá los aspectos más reseñables, aunque no los únicos, de este período. Aspectos que en su misma defensa y dinámica social y política, al variar éstas y las tácticas de aquélla, condicionan y explican los cambios y decisiones adoptados por el socialismo desde su inicial aislamiento hasta su “implicación política” o desde su antimonarquismo hasta su prorrepública pasando por la aceptación de la dictadura primorriverista. Aspectos que ayudan a explicar también los posicionamientos de los socialistas a lo largo de la República y durante la guerra civil. Es en ambas coyunturas donde mejor se aprecia la lucha interna por el poder y la diferente visión política de las corrientes en liza, si bien ya desde antes —desde el abandono del aislamiento primero— es posible advertir planteamientos disímiles que ni siquiera la tutela pablista consiguió impedir, como es bien conocido y el autor se encarga de recoger y explicar convenientemente.

La segunda parte del libro comprende los años que van desde el exilio tras la

derrota en la guerra hasta la recuperación de las libertades democráticas y la victoria en las urnas en 1982. En ella, el prof. Juliá pasa revista a lo principal de la actividad en el exilio, a las pugnas intestinas, a los intentos de acuerdo con antiguos adversarios políticos en defensa del orden democrático y, sobre todo, al proceso de refundación vivido por el PSOE a comienzos de los años setenta bajo la dirección del grupo sevillano. Una refundación que, no exenta de contradicciones en la relación entre la práctica política y el discurso ideológicos, generó un conjunto de elementos nuevos que afectaron justamente al discurso y a la práctica posibilitando, junto con otros elementos exógenos, que el socialismo se convirtiera en alternativa de poder después de redefinir algunas de sus señas de identidad y unificar bajo sus siglas las diferentes corrientes socialistas del momento. El libro termina justamente cuando la posibilidad de alternativa se hace realidad, iniciándose entonces una nueva y muy diferente etapa en la historia del socialismo que confiamos sea analizada por el autor en un futuro próximo.

Para terminar, sólo destacaríamos lo que ya apuntábamos al principio: nos encontramos ante una magnífica síntesis de la historia política del socialismo español, preñada de interpretaciones brillantes al tiempo que ponderadas siempre, que nacen de un ingente trabajo de investigación y de una depuración notable y rigurosa de un catálogo muy amplio de fuentes y todo ello servido por una escritura limpia y ágil sin concesiones a la retórica vacua pese a estar cuajada de sana y envidiable erudición. Una espléndida obra, en suma.

Francisco de Luis Martín

CASTILLO, Santiago.

Historia de la Unión General de Trabajadores. Volumen I: Hacia la mayoría de edad (1888-1914).

Madrid, Publicaciones Unión y Centro de Estudios Históricos, 1998.

MARTÍN RAMOS, José Luis.

Historia de la Unión General de Trabajadores. Volumen II: Historia de UGT (1914-1930).

Madrid, Publicaciones Unión y Centro de Estudios Históricos, 1998.

Que la importancia decisiva de la UGT en la Historia de España y no sólo en el ámbito específico de lo social, de lo sindical o de las relaciones laborales reclamaba una historia general y profunda, rigurosa y desapasionada, de la más que centenaria central sindical que atendiera al conjunto de sus características organizativas, presupuestos ideológicos, evolución interna, actividades de todo tipo, etc., era algo sentido por muchos historiadores. Porque, además, las viejas obras que se habían ocupado inicialmente de la UGT bien como síntesis generales bien como aproximaciones parciales en lo temático o cronológico, sin dejar de reconocer algunos méritos en ellas, especialmente su carácter pionero y el aporte de datos que suelen incluir, dejaban mucho que desear. Lo limitado del capítulo de las fuentes tratadas, el circunscribirse sólo a unas pocas y a veces sin el necesario contraste y ponderación, la escasa ambición historiográfica al enfrentarse a esta tarea investigadora, el simple afán divulgativo o el reduccionismo cuando no el maniqueísmo interpretativo han sido defectos frecuentes en todas ellas. Más ponderación, rigor y alcance se observa, en cambio, en una serie de trabajos regionales o locales que desde los años setenta y ochenta han profundizado en la historia del socialismo español o en obras generales que, como las de Meaker, Forcadell, Pérez Ledesma o Santos Juliá, sin centrarse expresa y únicamente en la UGT, han sabido incorporar a su estudio fuentes, metodologías y temáticas nuevas y sugerentes. Era preciso, pues, avanzar un paso más y superando los nada desdeñables inconvenientes que supone una documentación dispersa e incompleta —y no es cuestión de mencionar aquí las causas o razones de esta realidad y los

esfuerzos de algunos centros archivísticos por remediarla—, intentar el gran objetivo de escribir una historia sino canónica y definitiva —cosa muy compleja y difícil como luego señalaré— al menos general y completa de la UGT que recogiera las aportaciones vertidas hasta ahora y las ahormara en una buena síntesis. Este parece ser el objetivo de esta *Historia de la Unión General de Trabajadores* que, bajo la dirección de un reputado especialista en los estudios sobre el movimiento obrero, Santiago Castillo, y editada por Publicaciones Unión y el Centro de Estudios Históricos de la propia UGT, consta de seis volúmenes y abarca cronológicamente desde la fundación de la central sindical —en realidad, desde algo antes ya que Castillo aborda también los precedentes u orígenes de la UGT— hasta 1997, fecha en que se cierra la organización y ensamblaje de este proyecto. De esos seis volúmenes, cuya autoría se ha encargado a investigadores conocidos también en el ámbito de estudio del socialismo español, han aparecido ya los dos primeros, debidos a la pluma del propio Castillo uno, el que cubre el período de 1888 a 1914, y de José Luis Martín Ramos el otro, que va desde el comienzo de la Gran Guerra hasta el final de la dictadura primorriverista. Ambos aciertan a plantear algunas de las cuestiones más importantes que nuclearon la vida y vicisitudes de la UGT en estrecha relación siempre con el marco social y político del momento, incorporan las conclusiones e interpretaciones de otros investigadores intentando no caer en valoraciones hagiográficas o satanizadoras ni en revisiones desnaturalizadoras de la realidad histórica, ahondan en algunos aspectos poco trabajados anteriormente y sacan fruto abundante de unas fuentes y una bibliografía que, como ya indicamos, no son todo lo completas que se desearía. Hay algunos reparos que hacer, sin embargo, y no es el menor el carácter en buena medida “clásico” del análisis realizado, lo que hace que a veces la exposición pueda parecer a ojos del especialista o lector ya iniciado como algo “déjà

vu”; junto a ello, la ausencia de una perspectiva más amplia que contemplara temas como el de la cultura obrera, la mentalidad, los ritos, símbolos y liturgias, elementos todos de una especial importancia en el sindicato socialista, la pobreza de algunas de las biografías incluidas en los apéndices, lo incompleto de las relaciones bibliográficas apuntadas o algunos errores tipográficos o de imprenta que deberían subsanarse en los volúmenes posteriores. Reparos, con todo, que no emborronan unos trabajos serios y coherentes que tienen esencialmente —y esto es algo que no debe olvidarse a la hora de emitir cualquier valoración— un carácter de alta divulgación sin mengua de su valor científico.

Francisco de Luis Martín

Cien años después.

Colección dirigida por **Juan Pablo FUSI**. Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, 1997 y 1998.

El centenario de 1898 ha conducido —como cabía esperar en sociedades en las que la función conmemorativa, o al menos *rememorativa*, de la historia se ha convertido en primordial— a una verdadera avalancha de publicaciones: congresos, nuevos estudios, ciclos de conferencias, ensayos, trabajos periodísticos de divulgación... Sin embargo, no se ha prestado especial atención —lo que resulta muy significativo y, desde luego, poco alentador— a la reedición de las obras del 98, tanto a las de los autores de la “generación del 98” como a las que se suelen agavillar bajo el marbete genérico del “regeneracionismo”.

La más notable iniciativa en este terreno la ha constituido la colección “Cien años después”, dirigida por el profesor Juan Pablo Fusi y publicada por Biblioteca Nueva a partir de 1996. En el momento de escribir estas líneas, han visto ya la luz catorce volúmenes, magníficamente editados, que reúnen, con bastante buen crite-

rio, obras fundamentales de varios de los miembros de la “generación del 98” (Ganivet, Unamuno, Azorín, Maeztu, Machado, Baroja), algunos de los textos clásicos de la literatura regeneracionista (de Macías, Morote, Costa y Mallada), obras del regeneracionismo académico (Altamira) y catalanista (Prat de la Riba), y algunas otras correspondientes a un regeneracionismo tardío (Ortega, Azaña). Todas ellas van precedidas de introducciones, que corren a cargo, en su inmensa mayoría, de destacados especialistas, algunos de los cuales —caso de Andrés de Blas, en su presentación de “El problema nacional” de Ricardo Macías Picavea— se atreven incluso a adentrarse, con gran solvencia, en el arduo terreno de las propuestas tipológicas en torno al regeneracionismo y el 98.

Esta iniciativa viene a complementar, en gran medida, la que hace pocos años emprendió la Fundación Banco Exterior, a través de la colección “Biblioteca Regeneracionista”, con la que se han tratado de evitar las reiteraciones. Sin embargo, como sucedía entonces, es preciso lamentar la quizá excesiva brevedad de las introducciones de estas obras (en torno a las 20 páginas), y sobre todo que de nuevo se haya desaprovechado la ocasión para realizar verdaderas ediciones críticas, exhaustivamente anotadas y comentadas. El caudal de estudios, a veces verdaderamente torrencial, del que ya disponemos sobre estos “clásicos” de nuestra literatura y nuestro pensamiento, habría permitido a buen seguro una orientación más ambiciosa de la colección.

Mariano Esteban de Vega

LUIS MARTÍN, Francisco de y ARIAS GONZÁLEZ, Luis.

Las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936).

Barcelona, Ariel Historia, 1997.

Es sabido que las Casas del Pueblo fueron los templos del socialismo español, el

lugar de sociabilidad obrera por antonomasia y, por tanto, el ámbito en el que se formaron pautas de conducta específicas y se desarrolló una particular mentalidad o cultura socialista. Sin embargo y por paradójico que pueda parecer, no contábamos con un estudio general y sistemático de estas instituciones —puesto que de instituciones dotadas de una verdadera polifuncionalidad se trata y no sólo de meros edificios más o menos interesantes desde el punto de vista artístico—, si exceptuamos el trabajo pionero, aunque insuficiente, de Víctor Manuel Arbeloa. La obra que comentamos, debida a dos autores que vienen desempeñando con rigor y solvencia la fundamental tarea de desentrañar y reconstruir las múltiples y complejas variables —artísticas, educativas, literarias, políticas, etc.— que configuran la cultura obrera durante el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, viene a llenar, por tanto, una laguna que era urgente e imprescindible cubrir. Y lo hace, además, desde un enfoque tan original —la aproximación al movimiento obrero socialista desde el análisis de un elemento material, la Casa del Pueblo— y con una perspectiva metodológica tan sugerente en su planteamiento como difícil en su ejecución —la interrelación entre la Historia, el Arte y la Sociología—, que, habida cuenta de cómo han sabido resolver todas esas cuestiones y otras más que aparecen en el texto, no parece exagerado afirmar que nos hallamos ante un estudio definitivo y con vocación de clásico entre los dedicados al movimiento obrero en nuestro país.

La densa introducción, que bien podría haber configurado un capítulo más del libro, bucea en los antecedentes y modelos más remotos y cercanos de las Casas del Pueblo, desde los proyectos dieciochescos de Boullée y Ledoux pasando por iniciativas como las de Owen, Cabet, Godin, o Morris hasta las “Maison du Peuple” belgas de finales del diecinueve. Viene a continuación un estudio de las que los autores llaman “otras construcciones socialistas” y que incluyen

edificios escolares, mutualidades y montepíos, cooperativas, viviendas obreras y monumentos funerarios como el Mausoleo de Pablo Iglesias en Madrid. El segundo capítulo, sin duda uno de los centrales de esta obra, se dedica al análisis pormenorizado de aspectos como el nacimiento de las Casas del Pueblo, su desarrollo en el tiempo y por la geografía del país, dibujando diversas áreas de implantación y pujanza, los sistemas de financiación empleados en su construcción o compra y los paralelismos y diferencias que pueden apreciarse con relación a los centros republicanos y anarquistas. Con todo, lo más sustancial sea probablemente el exhaustivo tratamiento del significado más profundo de la institución Casa del Pueblo a través de las funciones que trató de cumplir y en relación a ellas de los servicios que prestó a sus afiliados. Se pasa revista así al local obrero como lugar de formación y concienciación política, como centro y foco de irradiación cultural, como espacio de encuentro social y de esparcimiento o como entidad que atiende a otras necesidades de la clase obrera mediante la práctica del deporte, la proliferación de economatos y cooperativas, la existencia de farmacias, mutualidades y dispensarios médicos o el establecimiento de mecanismos de solidaridad como gabinetes jurídicos o bolsas de trabajo. Al mismo tiempo, y ésta nos parece otra de las grandes novedades incorporadas por los autores, se estudia con detenimiento la carga litúrgica y simbólica que presentan y suponen las Casas del Pueblo mediante el despliegue de un ritual que comenzaba en el momento de la inauguración del local y proseguía luego a lo largo de su vida mediante elementos y rasgos simbólicos que se incorporaban a una especie de “calendario litúrgico” propio. Liturgia y simbología política y cultural para lo que los socialistas encontraron en la Iglesia y en el Palacio dos referentes o modelos de los que tomarán prestados vías de expresión y de ritualización, bien que a través de un proceso de apropiación y reutilización en clave laica y obrera.

Los capítulos tercero y cuarto son también del máximo interés, toda vez que por primera vez se realiza un análisis completo de la tipología de las Casas del Pueblo y de los lenguajes arquitectónicos empleados en su construcción. Viviendas de tipo popular y tradicional y casas de pisos superan ampliamente el 50% de los inmuebles en que se situaron los locales socialistas, si bien fueron entendidas como soluciones temporales y de circunstancias frente a los verdaderos tipos que se deseaban: villas, quintas y “hoteles”, y como una versión corregida y aumentada de los mismos, los palacetes y palacios, marginando también como construcción los amplios espacios abiertos que ofrecía la arquitectura fabril del momento. Podría sorprender igualmente que los socialistas utilicen desde el punto de vista de los estilos artísticos los más tradicionales y conservadores —arquitectura popular o tradicional, historicismo, eclecticismo o regionalismo— relegando a unas pocas y singulares muestras los más contemporáneos y vanguardistas —modernismos, art decó, expresionismo y racionalismo—. Sin embargo, los autores explican perfectamente las razones de este conservadurismo artístico y en relación a él el profundo divorcio que se produce entre las posiciones ideológicas del socialismo español y las vanguardias artísticas en nuestro país.

El último capítulo está dedicado a historiar pormenorizadamente la vida de la Casa del Pueblo de Madrid, situada en el que fuera palacio de los duques de Béjar, en el casco antiguo de la ciudad, y que por su significación e importancia se convirtió en el paradigma de este tipo de instituciones y orgullo del socialismo español. Un estudio que muy bien, al igual que el conjunto de esta obra, puede convertirse en acicate para que otros investigadores se ocupen del análisis particularizado de otros centros obreros completando así el mapa de los mismos y permitiendo por ende rescatar una parte fundamental de la historia del movimiento obrero. El apéndice docu-

mental, el aparato bibliográfico y sobre todo las fotografías de unos edificios demolidos por la guerra o por el franquismo constituyen otros tantos aciertos de esta tan singular como importante obra.

Antonio Morales Moya

JUARISTI, Jon.

El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos.

Madrid, Espasa, 1997.

La obra ante la que nos encontramos no es propiamente un libro de historia; ni el autor es historiador, ni se trata de una investigación de archivo cotejada con un abundante aparato crítico. Sin embargo, este ensayo puede ser un libro enormemente útil para todo aquél que se acerque al estudio de la historia del nacionalismo vasco.

Juaristi nos lleva hasta el mundo que recrearon los nacionalistas vascos para desarrollar sus melancolías patrióticas. Digo que nos lleva porque el autor logra, más que describirnos una serie de cosmovisiones, colocarnos en los propios universos intelectuales de aquellos que alumbraron el nacionalismo vasco. Además, Juaristi no olvida que el ensayo es un género literario (no en vano es catedrático de Filología) y leyendo este libro podemos disfrutar del estilo irónico y brillante de su autor.

El libro arranca con un repaso al pseudonacionalismo cultural del vascofrancés Chaho, para llegar a los dramáticos días de julio de 1997 en los que asistimos al asesinato del joven Miguel Ángel Blanco. En medio quedan las veleidades nacionalistas de Unamuno en el Instituto de Vizcaya, el nacionalismo excluyente y racista de los hermanos Arana, sus seguidores durante la guerra civil, Gallastegui (*Gudari*), y la reconstrucción de la idea nacionalista surgida del mundo etarra. Es decir, la teoría y práctica de revolución tercermundista de F. Krutwig y los alumnos del Colegio de los

Escolapios de Bilbao, entre los que encontramos a *Txillardegui*, Txabi Etxebarrieta y al propio autor.

Una de las constantes que nos encontramos en el libro es la sombra que proyecta Irlanda sobre el nacionalismo vasco. Los líderes de las distintas organizaciones nacionalistas han mirado siempre hacia esta isla en busca de un modelo aplicable a Euskadi. Sin embargo, Juaristi nos explica que si hay un proceso histórico totalmente distinto al vasco, ése es el irlandés. A pesar de todo ello, los nacionalistas continúan suspirando por Irlanda.

Otro de los capítulos más interesantes es el dedicado a la lengua vasca, un idioma que sufre la desgracia de haber perdido su condición de elemento de comunicación para convertirse en una herramienta política. La lengua vasca es re-creada en la misma medida que el país. El autor analiza muy bien cómo el nacionalismo vasco siempre ha oscilado en identificar al pueblo vasco ya con la comunidad vascoparlante, ya con el propio nacionalismo. La identificación del País Vasco con los nacionalistas, e incluso con las propias personas de sus líderes, está íntimamente ligada a la cuestión del lamento por la pérdida de la patria. Dicha pérdida Juaristi la interpreta como una pérdida de los ambientes geográficos y sentimentales vinculados a aquellos que se erigen en representantes de una patria llorosa cuyos llantos sólo son capaces de escuchar sus hijos; es decir, los nacionalistas. Esta asunción, en principio, sólo conduciría a acrecentar el "ego" de Arana o de Arzallus; pero el drama patrio sólo tiene remedio mediante la sangre. Esta sangre que, citando a Mario Onaindía, el autor intuye que en principio debía corresponder a los propios patriotas, quienes en un sacrificio generoso, devendrían en víctimas propiciatorias. Pero siempre es más fácil derramar sangre ajena y éste es el auténtico drama vasco.

En los capítulos dedicados a ETA y al mundo de la violencia Juaristi explica todo esto bastante mejor que nosotros; por eso

opinamos que, sin ser *El bucle melancólico* una obra de historia (es un libro de *historias*, que es lo que le gusta contar al nacionalismo), merece la pena leerse si se quieren comprender algunas de las claves del desarrollo histórico del País Vasco en la presente centuria.

Juan María Carreño Díaz

CASANOVA, Julián.

De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939.

Barcelona, Crítica, 1997.

La década de los años treinta en España, y sobre todo el periodo de la guerra civil, ha atraído desde el principio la atención de la historiografía e incluso de los literatos. Dentro de esta abundante bibliografía, el tema del movimiento libertario ha sido sin duda uno de los más tratados, quizá por lo que de romántica tenía la situación revolucionaria que se desencadenó con la guerra, situación única y sin precedentes, esperada y anunciada desde el siglo anterior.

En principio, fueron los propios involucrados los que se dedicaron a narrar las gestas revolucionarias, si bien carecían de las fuentes necesarias y su situación personal en el exilio les impedía hacer una narración rigurosa y objetiva de lo que fue el movimiento anarquista en aquellos años. Sin embargo, de estas memorias, autobiografías e historias de las organizaciones anarquistas pueden extraerse importantes datos sobre lo que fue la historia institucional del anarquismo, así como su ideología, y han servido como punto de partida a estudios posteriores. A partir de los años finales del franquismo, el deseo por conocer las experiencias de los vencidos en la guerra, sumado a una mayor accesibilidad de las fuentes, dio pie a que historiadores profesionales, sobre todo anglosajones, comenzaran lo que sería una primera línea de investigación del anarquismo y sindica-

lismo. El trabajo de estos autores se centraba en la historia institucional del movimiento a través del estudio de las actas de los plenos y congresos, declaraciones de los líderes, etc.

A partir de los años ochenta se puede hablar de una renovación en la metodología del estudio del anarcosindicalismo, a través de la profundización en nuevas fuentes y la elección de nuevos enfoques que llevan a cuestionar la existencia de los mitos creados por la propaganda y por los militantes en torno al movimiento libertario. Los autores se dividen entonces entre el estudio de las diversas posturas doctrinales y el análisis de las actuaciones sindicales, ambos campos fundamentales para entender la relación entre la teoría y la práctica anarcosindicalista, así como las razones de la afiliación de los obreros a un sindicato u otro. Recientemente, la historiografía se decanta por el estudio de aspectos parciales del anarquismo, bien en trabajos sobre una determinada región o localidad, bien en aquellos aspectos que habían pasado por alto los estudios más generales, como las relaciones del anarquismo con el feminismo, la educación, las Juventudes Libertarias, la literatura, la prensa, etc. Estos autores pretenden, partiendo de la localidad o parcialidad del tema que estudian, extraer conclusiones que puedan ayudar a comprender mejor el fenómeno anarquista.

Dentro de este marco bibliográfico, el libro de Julián Casanova se encuadra en la reciente corriente desmitificadora pero, a diferencia de su libro anterior, sobre las colectividades libertarias y el Consejo de Aragón, su enfoque es ahora general, dando una visión global del anarcosindicalismo durante la República y la Guerra Civil. Casanova divide su libro en dos partes, la época de la República desde su proclamación y la de la Guerra civil, finalizando con un epílogo en el que trata la situación del anarcosindicalismo en los años de la dictadura franquista. Describe las relaciones de la CNT con la República, pero también hace un minucioso análisis

de su situación interna, sus afiliados, las diferencias entre sus dirigentes y las distintas posturas que adoptó a lo largo de ambos periodos.

Aunque lejos de las tesis milenaristas de Brenan que dotaban al pueblo español de un carácter proclive al anarquismo, Casanova presenta a la naciente República como un Estado heredero de una situación de debilidad que recurre a menudo a las fuerzas de seguridad para restablecer el orden público, y que en el pasado había propiciado una desconfianza hacia el poder que se plasmaría en una cultura de la protesta popular compartida por socialistas, anarquistas y republicanos. El primer gobierno de la República, pese a todas las reformas políticas y sociales que planeó, no fue capaz de hacer frente al problema del orden público, que se convirtió en una "obsesión" cuando las reformas laborales que se intentaron no fueron suficientes por la oposición de la clase capitalista. La violencia con que se reprimían las manifestaciones y las protestas colectivas creó entre los anarcosindicalistas un acusado sentimiento victimista que les llevó a un aislamiento no sólo de los tradicionales enemigos de la clase obrera, sino también de los socialistas ahora parte del gobierno.

Pese a que la CNT aprovechó las ventajas que ofrecía la República para fortalecer la organización, el anarcosindicalismo de estos tiempos está dividido entre los partidarios de colaborar con la República y los anarquistas más radicales. Casanova muestra cómo esta división interna se traduce en una crisis profunda que no sólo lleva a la escisión y a la exclusión de los Sindicatos de Oposición, sino que también provoca la desertión de muchos afiliados. Distingue así entre los dirigentes, que pertenecían a los comités y que tenían fuertes convicciones anarquistas, y los militantes de base, más preocupados por un sindicalismo que pudiera resolver sus problemas laborales que por una ideología. La crisis se agudiza con los problemas económicos que sufren tanto la organización como su prensa. La

CNT atrae cada vez más a los parados, casi siempre obreros de la construcción poco cualificados, jóvenes y sin familia y que, al no tener nada que perder, adoptan las posturas más radicales y recurren a menudo a las manifestaciones y protestas colectivas.

En medio de esta crisis, la CNT escogió a partir de 1932 el camino de la acción directa y canalizó la actuación de sus afiliados al margen de la colaboración con la República. En este recurso a la violencia y la insurrección Casanova ve el tradicional enfrentamiento con la UGT por conseguir el monopolio de la negociación laboral, ahora agravado por la situación de favoritismo de que goza el sindicato socialista. Sin embargo, los movimientos insurreccionales que se producen a partir de entonces son locales, generalmente en zonas rurales y, a menudo, ni siquiera planeados por los anarcosindicalistas, surgiendo de meras reivindicaciones laborales que, al ser duramente reprimidas por las fuerzas del orden, acaban de forma sangrienta.

La anunciada revolución social no llega pues con las insurrecciones del primer periodo de la República, ni con el triunfo de la reacción en 1933, ni siquiera en Asturias en 1934 donde la CNT apenas participa. Sin objetivos políticos claros, fracasado el camino de la "gimnasia revolucionaria", la CNT se propone tender un puente entre los sindicalismos antes enfrentados. Casanova rompe también con la creencia tradicional de que la izquierda gana las elecciones de 1936 gracias al voto anarquista. Según él, el cambio en el voto obedece fundamentalmente a las distintas expectativas y condiciones socioeconómicas de los votantes, pero sí señala que con el triunfo del Frente Popular, pese a que la coalición aislaba de nuevo a los anarquistas, se abría un nuevo periodo de esperanza marcado por los intentos de reconciliación.

Cuando se produjo el golpe de Estado, los anarcosindicalistas vieron llegado el día de llevar a cabo la revolución. Sin embargo, la falta de un plan concreto para cuando llegara el momento hizo que, pasada la eufo-

ria del verano revolucionario en Barcelona, las milicias y las colectividades, se replanteaban los objetivos perseguidos durante toda su historia. Se tuvo que romper entonces con el comunismo libertario y entrar de lleno en la participación política. Para la CNT, además, esta participación suponía la única forma de consolidar sus conquistas. La alternativa revolucionaria al Estado tropezaba con circunstancias adversas y la única forma de perpetuar lo conseguido era mediante la institucionalización de las reformas allí donde se hubiesen logrado, lo que sólo ocurrió en parte de Aragón y durante poco tiempo. Las discusiones ideológicas hicieron que se llegase tarde al Gobierno, cuando no quedaban carteras de importancia y, pese a que los ministros anarquistas llevaron a cabo importantes reformas, con respecto a la marcha de la guerra estaban claramente en una segunda fila. Poco a poco los anarcosindicalistas fueron renunciando a sus conquistas. La desaparición de las milicias supuso no tanto la renuncia a unos principios pacifistas que impedían la entrada en un ejército, como el abandono de una situación de poder ya conseguida. La situación de guerra, las presiones dentro del propio gobierno de la República y la desorganización obligaron también a renunciar a las colectividades.

Las jornadas de mayo de 1937 no hicieron sino confirmar lo que estaba ocurriendo desde mucho antes: la acción conciliadora de los dirigentes de la CNT demostraba su apartamiento de los militantes de base y presentaba a una organización jerarquizada en la que los líderes, que decían representar a la clase trabajadora, tomaban las decisiones. A partir de entonces la CNT fue apartada y el POUM desapareció. El resto de la contienda transcurrió entre las disputas doctrinales en torno a los errores cometidos por abandonar los principios ideológicos y las nuevas tentativas de volver al Gobierno.

Casanova presenta, pues, un anarcosindicalismo dividido, continuamente marginado por el resto de las organizaciones de

izquierda, con una estructura descentralizada e ineficaz, sometido a una fuerte crisis interna agravada por los problemas económicos y con grandes discrepancias entre sus líderes. Cuestiona también el apoyo de la amplia masa de trabajadores militantes que tradicionalmente se le ha atribuido, pues los trabajadores afiliados a la CNT no piden tanto la revolución social como las mejoras en sus condiciones laborales. Para sus argumentaciones se basa en una amplia documentación de archivo que completa, además, con la bibliografía más reciente en torno al movimiento anarquista y obrero en general. Ofrece, por tanto, de una forma clara y crítica una nueva visión global del papel desempeñado por el anarcosindicalismo en sus años de apogeo.

Rocío Navarro Comas

SEVILLANO CALERO, Francisco.

Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936- 1951).

Alicante, Universidad de Alicante, 1998.

A pesar del interés que la época del franquismo ha suscitado entre los historiadores, en el panorama historiográfico faltaba hasta ahora una obra que tratara el papel de la propaganda y de los medios de comunicación dentro de los procesos socializadores del "Nuevo Estado" franquista. Desde los años ochenta los historiadores se han preocupado por analizar las distintas organizaciones y estructuras que sustentaban al régimen, tales como la educación, la enseñanza, el Movimiento, la Sección Femenina o la Iglesia. Francisco Sevillano parte de estos estudios sectoriales para encuadrar su examen de los medios de comunicación (en especial la prensa y la radio), prestando especial atención a su repercusión social y a su capacidad de adoctrinamiento político en la larga etapa de la posguerra.

Para llevar a cabo su investigación sobre la propaganda y los medios de comunicación en el régimen franquista, el autor ha

acudido a los presupuestos metodológicos ofrecidos por la sociología política y la teoría de la comunicación, dando un enfoque histórico a términos como *consenso*, *socialización política*, *legitimidad*, etc. De esta forma, si el apoyo a un régimen se traduce en la legitimidad, que es lo que le confiere estabilidad, el consenso no necesita tanto del apoyo como de un común acuerdo en mayor o menor grado sobre las instituciones políticas y los aspectos jurídicos y económicos, pudiendo estar fundamentado en gran medida en la apatía. Este análisis conceptual que se utiliza para los regímenes democráticos, lo aplica también Francisco Sevillano a las dictaduras, que intentan conseguir su legitimidad a través del control de la educación y de los medios de comunicación. Junto a la violencia y la represión las dictaduras utilizarán la manipulación de las masas a través de la propaganda como un medio de coerción ideológica. Así, en el periodo de entreguerras, los fascismos europeos conseguirán, además de una justificación para su intervención en los medios y la censura, la movilización de la opinión pública en torno a conceptos como el de la "unidad nacional" fomentados por un determinado lenguaje, políticas populistas, campañas apoyadas en la acción permanente, la agresividad y la violencia, etc. Es entonces cuando se plantea la diferencia entre España bajo el régimen de Franco y Alemania e Italia durante las dictaduras fascistas. En este sentido, Francisco Sevillano propone que entre el franquismo y los fascismos alemán e italiano existieron sustanciales diferencias, ya que el franquismo se instauró tras una larga guerra civil y, además, no tuvo que superar las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Sin negar las características claramente fascistas de Falange Española ni el proceso de fascistización por el que pasó el movimiento, en busca de una unidad interna y del apoyo de las potencias del eje después de fracasado el golpe de estado, Francisco Sevillano califica al régimen franquista como una "dictadura reaccionaria" con un carácter además tradi-

cionalista y conservador. Tradicionalista porque lo que se perseguía en principio era la vuelta a la situación pre-republicana, y conservador porque fue precisamente la derecha conservadora la que tuvo especial protagonismo durante la República, y fueron también los sectores más conservadores del ejército y de la Iglesia los que lograron la hegemonía durante el transcurso de la dictadura, relegando al partido único a una actuación marginal.

Es precisamente en este contexto donde se encuadra el análisis de los medios de comunicación. El modelo totalitario de comunicación que proponía el falangismo, a imitación de los casos italiano y alemán, fracasó frente a las tendencias inmovilistas de las otras familias del régimen. A mediados de los cuarenta la cultura y la enseñanza estaban ya en poder de la Iglesia católica que se erigió en tutelar de la moral y las costumbres y consiguió imponer su doctrina social. El establecimiento de una "cultura oficial" de franquismo se caracterizó entonces por una continua tensión entre la Iglesia y el sector falangista, consiguiendo este último el control de los medios de comunicación, aunque con frecuentes incursiones del Estado frente a la exclusividad que pretendía el partido único. La utilización de la propaganda como medio de socialización política tropezó, además, con la apatía de la opinión pública, que más que apatía era una desconfianza y rechazo hacia una información que se sabía desvirtuada y hacia unos mensajes repetitivos que no permitían la aportación individual. Los intereses de la mayoría de los españoles estaban, por tanto, en la realidad cotidiana más inmediata y su cultura política era la anterior a la guerra, mientras que el efecto real de la propaganda era el de otro medio más de coerción social con escaso poder de adoctrinamiento, fundamentalmente tradicional y religioso. La poca capacidad para la movilización de la opinión pública del aparato propagandístico del franquismo queda también probada por el recurso a los canales de información alter-

nativos, bien extranjeros o clandestinos, de forma que el discurso propagandístico era atendido tan sólo por los sectores afectos al régimen.

Como señala Francisco Sevillano, este trabajo comprende la primera parte de su tesis doctoral, tratando sólo la propaganda y los medios de comunicación en la inmediata posguerra. A partir de los años cincuenta se produce una transformación en la realidad social española: el cambio generacional marca otras referencias ideológicas, otros valores y vivencias. Comienza tam-

bién a verse el alcance del proceso socializador llevado a cabo en la educación, así como la importancia de las asociaciones juveniles falangistas. Sería interesante ver entonces cómo encara la propaganda franquista el periodo de los años cincuenta y sesenta, años en los que el sistema autárquico fracasa y se hace necesaria una justificación de la dictadura en el ámbito internacional, así como una apertura de la sociedad española hacia el exterior.

Rocío Navarro Comas